



CAPÍTULO PRIMERO

El Sináí.—Arabia Petrea.

Un gran poeta, Shakespeare, ha dicho del hombre: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán grande por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuán semejante en su acción á los ángeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! ¡Es la maravilla del mundo y el tipo Supremo de los seres animados!» Mas en este ser humano, ¡qué de abismos insondables y cuántas incomprensibles miserias se encuentran! Hay en él dos misterios que él mismo no conoce ni puede conocer, y que, por lo tanto, es preciso que Dios se los revele. Entregado á la consideración de sí mismo, siente una horrible incapacidad para conocer y para amar. Las tinieblas cubren y oscurecen su espíritu, y un muro de arena embota y oprime su corazón. Este rey de la creación, este vencedor y dominador de todos los seres terrestres, capaz de resistir todas las tempestades, que arroja las feroces bestias de los espesos bosques y las obliga á abandonar sus madrigueras, y que, tenaz é incansable, levanta y reedifica sus ciudades sobre el terreno de los volcanes, á pesar de su poder, al verse acá abajo y vislumbrar otros horizontes, gime y llora, cuando su enemigo interior no le encadena y mata.

Mas Dios es todo amor, y el amor es la vida; y la continua y habitual expansión del amor de Dios, que es la vida increada, crea la vida y da existencia á todo ser. Dios sería un cruel escarnecedor del hombre, si á la vez que le muestra con el dedo la meta de su carrera, no le mostrase los medios y caminos por donde á ella se sube. Así como una madre cariñosa, cuando quiere que su tierno niño contemple un bello panorama, le coge en sus brazos y le levanta, de modo que por encima de las cabezas de los espectadores vea el niño cuanto desea; así Dios ha levantado en sus amorosos brazos la inteligencia humana para ver por encima de estos mundos otro mundo de eternas delicias. Dios habló al hombre. Háblóle

Dios en las florestas del Edén entre el murmullo de las ondas de cuatro ríos que desconocían todavía el cauce de sus corrientes; entre los variados cantos de las aves que estrenaban su garganta; entre el primer rugido de los animales al verse por vez primera; entre el blando suspiro de los aires que sacuden las ramas y á las flores van robando las primicias de su perfume; entre el crugir de la gran máquina del universo al romper su marcha.... Habló Dios en los campos de la Caldea, bajo las tiendas de los nómadas patriarcas, sobre la cima temblorosa del Sinaí.

Ya han transcurrido varios siglos. El pueblo de Dios y de Adán, depositario de la revelación, va á constituirse en sociedad poderosa é independiente, una vez que pase á la otra parte del Jordán. Bien estará que Dios repita ante este pueblo reunido la doctrina enseñada privadamente entre los hombres del Edén. Mas, no adelantemos las ideas.

Como la tierra de Canaán, fecunda en prodigios, las riberas del mar Rojo, los montes del Sinaí, los desiertos de la Arabia Petrea, fueron teatro de las más grandes escenas del pueblo escogido. Vamos á conducir á nuestros lectores en pos del pueblo de Israel que sale del Egipto para dirigir sus pasos al Sinaí y á la Arabia Petrea.

Hace pocos años este viaje, que comenzaba en el Cairo, era penosísimo. Hoy, el camino de hierro de Suez allana esta dificultad.

Los alrededores de Suez son tristes y melancólicos. A muchas horas á la redonda no se encuentra una sola hoja verde: arena, polvo, piedras y nada más. Los alegres oasis, caravanas, campamentos y rebaños que dan vida á otros desiertos; buscaríanse en vano en aquellas inmensas planicies. Vuélvase la vista á donde se quiera, el color es siempre pardo más ó menos claro. El aspecto es como el de las cercanías del mar Muerto. Diríase que es la fotografía de las emigraciones de los reyes y pueblos, pues en aquel desierto representase á la mente el desfile de todos los héroes de la antigüedad. Y para que no falte una imagen viva de ello, la parte interior de la población no desdice de lo exterior.

En la aurora de las edades, Abraham, padre de los creyentes, hostigado por el hambre, acompañado de Sara y seguido de sus pastores y ganados, abandonando el valle de Mambré y sus prados y sus seculares encinas, encaminóse á Egipto.

Tiempo después llegó Jacob, padre de las tribus de Israel. Ha sabido que José todavía vive y que era poderoso en Egipto, y dice: «Iré y veré á mi hijo antes de descender al sepulcro. «El hijo de Raquel sale á su encuentro, y el anciano llora de gozo al ver á su hijo á quien creía haber sido pasto de las fieras.



V. Labille Se.

Salvador Ribas, Editor.

CANAL DE SUEZ

A. Serina, Dib.

Dios en las florestas del Edén entre el murmullo de las ondas de cuatro rios que desconocian todavía el cauce de sus corrientes; entre los variados cantos de las aves que estrenaban su garganta; entre el primer rugido de los animales al verse por vez primera; entre el blando suspiro de los aires que sacuden las ramas y á las flores van robando las primicias de su perfume; entre el crujir de la gran máquina del universo al romper su marcha... Habló Dios en los campos de la Caldea, bajo las tiendas de los nómadas patriarcas, sobre la citta temblorosa del Sinaí.

Ya han transcurrido varios siglos. El pueblo de Dios y de Adán, depositario de la revelación, va á convertirse en sociedad poderosa é independiente, una vez que pase á la ribera para del Jordán. Bien estará que Dios repita ante este pueblo, cuando la divina enseñanza privada entre los hombres del Egipto. Mas, no adelantemos las ideas.

Como la tierra de Canaan abunda en prodigios, las riberas del mar Rojo, los montes del Sinaí, los desiertos de la Arabia Petrea, fueron teatro de las más grandes maravillas del pueblo escogido. Vamos á conducir á nuestros lectores á la ribera del pueblo de Israel que sale del Egipto para dirigir sus pasos al Sinaí y á la Arabia Petrea.

Hace pocos años este viaje, que comenzaba en el Cairo, era penosísimo. Hoy, el camino de hierro de Suez allana esta dificultad.

Los alrededores de Suez son tristes y melancólicos. A muchas horas á la redonda no se encuentra una sola hoja verde: arena, pedras y nada más. Los alegres oasis, caravanas, equipamentos y rabaños que dan vida á otros desiertos; buscárianse en vano en aquellas inmensas planicies. Vuélvase la vista á donde se quiera, el color es siempre pardo más ó menos claro. El aspecto es como el de las cercanías del mar Muerto. Diríase que es la fotografía de las asustaciones de los reyes y pueblos, pues en aquel desierto representase á la mente el desfile de todos los héroes de la antigüedad. Y para que no falte una imagen viva de ello, la parte interior de la población no desvía de lo exterior.

En la aurora de las edades, Abraham, padre de los creyentes, hostigado por el hambre, acompañado de Sara y seguido de sus pastores y ganados, abandonando el valle de Mambré y sus prados y sus seculares encinas, encaminóse á Egipto.

Tiempo después llegó Jacob, padre de las tribus de Israel. Ha sabido que José todavía vive y que era poderoso en Egipto, y dice: «Iré y verá á mi hijo antes de descender al sepulcro. «El hijo de Raquel sale á su encuentro, y el anciano llora de gozo al ver á su hijo á quien creía haber sido pasto de las fieras.



V. Labielle Sc.

Salvador Ribas, Editor.

CANAL DE SUEZ

A. Seriná, Dib.

Libres de la esclavitud los hijos de Israel, atraviesan aquella región en dirección á la Tierra prometida.

A esas pacíficas caravanas sucede el estrépito de los ejércitos: Sesostris, acompañado de sesenta mil caballos y cuatrocientos mil infantes y de mil doscientos carros que llevan los tesoros acumulados por el poderio de Salomón; Nabucodonosor, quien vence á Necchao en las márgenes del Eufrates y avanza contra Pelusa; Combises, el incestuoso y dos veces asesino; Alejandro Magno, ante quien muda aparece la tierra, sin detenerse apenas fundó á Alejandria; Cleopatra, la libidinosa; Octavio, los principes del Bajo Imperio, los lugartenientes de Mahoma, de Saladino, de Nureddin, de Kelavia, los soldados de la Cruz y los ejércitos de Bonaparte, han pasado por aquella desierta región.

Pero queden á un lado estos históricos recuerdos. Parémonos en el corazón del desierto. El desierto no es menos rico en la monotonía de su paisaje, en el que la luz ofrece cambios magníficos. En un sitio desolado, distante del paso de las caravanas, á la hora en que por todas partes reina el silencio, el desierto no calla; se oyen en él un día mil ruidos. No podríamos decir de dónde salen, pero llegan tristes, lamentables é inarticulados. ¿Era acaso el gemido de los vientos sobre la arena? ¿Eran los murmullos de fuentes rodeadas de cañas que la noche recoge de varios sitios, y reúne en una sola nota lastimera? ¿Era la agitación de las ramas de las palmeras que forman una sola voz de sus suspiros solitarios, ó el viento que silba á través de las hendiduras de los peñascos? ¿Era la tierra soñando en una pesadilla con su desolación y esterilidad, ó bien las junturas del mundo que crujen en el silencio de la noche como la nieve bajo los pasos lejanos de una tropa de hombres? ¿Era una melodía extraña para adormecer á Dios! La luna alumbra con sus rayos un grupo: una mujer, casi niña, tiene en sus rodillas un tierno infante, y junto á ellos un hombre que á la majestad veneranda de un patriarca juntaba la sencillez de un ángel. El infante era Dios, la mujer María y el hombre José. Jesús había descendido entre los hombres, los hombres no le reconocieron, y huía de la cólera de un rey. Por esto es llevado á Egipto. Aquella soledad fué santificada con tal presencia, y desde entonces fué preferida á los flujos y reflujos de la vida y á la existencia perfumada. El monte Colzim que se levanta á la derecha del camino de hierro, es la cuna de la vida monacal; allí están escritos los nombres de los Padres del desierto, Pablo y Antonio.

Hoy, llevado en alas del fuego y por el impulso del vapor, llega allí el hábito de los pueblos cultos. Ese hilo que como un nervio corre de un extremo á otro, cual mensajero inteligente que lleva de ciudad en ciu-